

bre debe sujetar sus apetitos inferiores a la voluntad superior; debe poner freno a sus congénitas desordenadas concupiscencias en todo; debe tratar a su cuerpo, para ser instrumento apto y de virtud de su noble alma, no como a señor conforme a sus deseos, sino como a siervo que debe obedecer y no mandar. Si estos principios no se admiten apellidándoles exageraciones del fanatismo religioso, y se proclaman los otros principios de la moral utilitaria y sensualista, hoy día muy en moda; si ello se hace, y la practican muchos, tenemos entonces al *hombre bestia* aunque lleve máscara exterior y con cultos modales de hombre; y entonces el ser racional queda en realidad convertido en *bruto irracional* que no se mueve por otras leyes sino por las de la sensación y el placer, siguiendo en un todo lo que los viciosos, para cohonestar su conducta, llaman «exigencias de la naturaleza por Dios creada», que no son más que los instintos inferiores de la animalidad en el hombre.

Supuestos, pues, los anteriores fundamentos, ha dicho la religión: La penitencia corporal moderada, las privaciones de los sentidos, la mortificación externa, ayudan al dominio y moderación de las pasiones; quitan fuerzas a la animalidad en el hombre sin ser estorbo al cumplimiento de sus quehaceres y obligaciones; vigorizan el espíritu al que acostumbran a saber vencer y tener fortaleza en la lucha empeñada entre la parte inferior del hombre contra la superior; y contribuyen, en una palabra, al desarrollo de la vida mental y moral en el hombre. De ello son testimonio elocuente los grandes varones penitentes de la Iglesia católica que, por serio, fueron hombres estudiosos, laboriosos, de vasta ciencia, enérgicos, de firmes convicciones, de virtud eximia. Y en sentido contrario lo son también testimonio en el caso los enemigos y denostadores encarnizados de la penitencia eclesiástica, que son en su mayoría hombres carnales y, por lo mismo, faltos de convicciones en todos los órdenes, flojos de carácter, de ideales de vida muy rastroeros, poco estudiosos y nada laboriosos, amigos de placeres y diversiones.

Lo repetimos, para concluir: solamente la ignorancia atrevida, o la soberbia petulante, o el sectarismo sistemático, o una poco limpia conducta pueden ser los móviles y motivos de aborrecer y lanzar diatribas contra las penitencias corporales de ayunos y obstinencias impuestos a sus súbditos por la Iglesia católica.

J. C. P.

LA PRIMERA FÁBRICA DE AGUARDIENTE

(TOLSTOI)

Sin almorzar, llevando solamente un cacho de pan, íbase un labrador a cultivar la tierra. Llegado, se quitó el abrigo, lo puso debajo un soto con el pedazo de pan. Más tarde, cansado el caballo, tuvo el hombre ganas de comer. Desunció al animal, le hizo pacer, tomó el abrigo, y se dispuso para la comida del mediodía. Al tomar el abrigo dióse cuenta de que el pan no estaba. Buscó, y buscó, y revolvía el abrigo de todos lados, y lo sacudía... pero ni rastro de pan. Quedóse el hombre admirado a más no poder. ¡Caso singular! No había visto a nadie por allí, y sin embargo, alguien debía haberle robado el pan.

Quien se lo había escamoteado era el diablo. Mientras el labrador cultivaba el campo, el mal espíritu lo ocultó detrás del soto. Su objeto era oír al labrador desatarse en improprios y, por consiguiente, darse al diablo. Pesóle realmente al hombre, pero consolábase con mucha sabiduría.

—Por de pronto—se dijo—no es probable me muera ahora de hambre; el que me ha quitado el pan, seguramente tenía necesidad del mismo... ¡buen provecho le haga!

Y se encaminó al pozo, bebió hasta saciarse, se rehizo, y con su canturreo adormecía al caballo, y unciéndolo, otra vez empezó de nuevo la labor.

Consternado estaba el diablo viendo como no le era posible inducir al labriego a pecar. Dirigióse a los infiernos, y ante el Soberano de los diablos expuso el caso: raro era, haber robado el cacho de pan al jornalero, y éste en lugar de desatarse en injurias habíase contentado en exclamar: ¡buen provecho le haga al que me lo haya robado!

El Soberano de los diablos irritóse sobre manera.

—Si el labrador te ha vencido—gritaba el Soberano arrebatado de furor—tú tienes la culpa; has comenzado torpemente. Más provechoso nos sería que no sólo los labradores tomaran la costumbre de desatarse en improprios sino igualmente sus mujeres... si continuamos así no podemos prosperar. ¡Mal asunto es!, te digo. ¡No puedo dejarlo de esta manera! Haz méritos para reconquistar el terreno perdido. Tres años tienes de plazo, de no lograrlo, te baño en agua sagrada!

En hablando de agua sagrada angustia le vino al diablo menor. Con rapidez se volvió a la

